

**Enzo Mari**

# Proyecto y pasión



**“El único objetivo de legitimar un trabajo es resolver contradicciones a menudo irremediables”.**

**GG**



# Proyecto y pasión

**Enzo Mari**

[www.ggili.com](http://www.ggili.com)

Traducción de Patricia Orts

**GG<sup>®</sup>**

Título original: *Progetto e passione*, publicado originalmente por Bollati Boringhieri editore, Turín, 2001

Edición a cargo de Moisés Puente  
Diseño de la cubierta y de la colección: Setanta  
Revisión de estilo: Iñaki Domínguez Gregorio  
Todos los dibujos de este libro son de Enzo Mari

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La Editorial no se pronuncia ni expresa ni implícitamente respecto a la exactitud de la información contenida en este libro, razón por la cual no puede asumir ningún tipo de responsabilidad en caso de error u omisión.

© Bollati Boringhieri editore, Turín, 2001  
© de la traducción: Patricia Orts  
y para esta edición:  
© Editorial Gustavo Gili, SL, Barcelona, 2021

ISBN: 978-84-252-3316-6 (Epub)  
[www.ggili.com](http://www.ggili.com)



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte.

Editorial Gustavo Gili, SL  
Via Laietana 47, 3º, 08003 Barcelona, España. Tel. (+34) 93 322 81 61

7	<b>Prólogo</b>
11	Una historia a golpe de hacha
12	Tres acontecimientos
16	La idea del “buen proyecto”
25	Tres horizontes
28	Horizonte de la expresión
31	Horizonte de las ciencias naturales
35	Horizonte de las relaciones productivas
53	Necesidades y necesidades
54	El grupo social que expresa la necesidad
56	Los vendedores
57	Los empresarios
60	Los técnicos y los trabajadores
61	Los comunicadores
64	Los proyectistas
79	La metodología natural
81	Proyecto propio y proyecto impropio
86	Relación entre investigación y proyecto
100	Relación entre la parte y el todo
111	Varias sugerencias a un estudiante
113	Describe la habitación
117	La escritura cursiva
123	Sé, no sé
132	Elementos de la investigación
141	Homeóstasis
146	¿Qué quieres?
154	Los únicos maestros
160	El <i>book</i> personal



## ¿Por qué estas notas sobre el proyecto?

La verdadera cuestión era y sigue siendo “qué hacer” con mi vida o, mejor dicho, con nuestra vida.

La calidad de vida, al menos en lo que se refiere a los aspectos que podemos determinar, se basa, sobre todo, en la calidad del trabajo que realizamos cada uno de nosotros.

Podemos imaginar un grado de calidad más elevado cuanto mayor es la proyectualidad del trabajo. Con ello no me refiero a las libertades proyectuales elitistas o afortunadas; me refiero —con un grado de proyectualidad— a poder tomar decisiones, incluso mínimas, a la hora de realizar el propio trabajo (y vivir la propia vida).

A partir de ahí se llega a una obviedad existencial: trabajo como alienación o como transformación. Dicha obviedad dificulta, precisamente, la posibilidad de delinear una teoría no reductiva del proyecto.

Consciente de la dificultad de afrontar con medios modestos la problemática del proyecto abierto a la globalidad —pues de eso se trata—, escribo estas notas teniendo bien presente la diferencia entre proposiciones de carácter científico y de carácter prescriptivo.

La palabra “proyecto” abarca múltiples prácticas de trabajo. Además, podemos decir que incluye todas en el momento en que cada práctica específica busca “otras” soluciones, o, con mayor frecuencia, trata de optimizar sus normas o finalidades. Es el caso, por ejemplo, del “proyecto de una ciudad o de una cuchara”,<sup>1</sup> pero también del proyecto de un código legislativo o uno lingüístico.

Todas estas prácticas de trabajo, que a menudo son muy diferentes, no permiten profundizar de forma unitaria en las implicaciones del proyecto, salvo en condiciones de afirmaciones genéricamente esquemáticas.

Mi práctica, destinada a definir la calidad formal de los productos industriales en sintonía con mi formación —la artística—,<sup>2</sup> se presta quizá a ser un punto de referencia globalizador. La calidad formal, en caso de que se alcance, implica siempre —como veremos en el capítulo dedicado a la “metodología natural”— la participación de todo lo que nos concierne o nos podría concernir. Por otra parte, es precisamente esa tensión hacia la globalidad, sobre todo en el campo de la cultura industrial, la que ha incrementado la redundancia en los valores, en los

objetivos y en los tipos, algo que influye en los proyectistas de la forma.<sup>3</sup> Quizá ninguna otra disciplina esté contaminada por una confusión de tal entidad, pero de este exceso nace precisamente el estímulo de encontrar el hilo rojo que impida el embotamiento de la redundancia. En este sentido, en los siguientes capítulos trataré de articular los fragmentos de conocimiento que me parecen incontestables (algunos muy obvios, pero necesarios como referencia, otros puede que lo sean menos) dentro de un marco de referencia.

Adelanto ya que no intentaré dar una nueva definición ni proponer una antología como las que ya se han empleado a la hora de cualificar una “profesión”. Quizá este sea el origen de la redundancia: resolver contradicciones con frecuencia irremediables con el único objetivo de legitimar un trabajo, por necesario que sea.

<sup>1</sup> Estas palabras de Ernesto Nathan Rogers se encuentran en el artículo “Ricos-truzione: dall’oggetto d’uso alla casa”, *Domus*, núm. 215, Milán, noviembre de 1946. La fecha es significativa: la II Guerra Mundial acababa de terminar y había que reconstruir Europa. En aquellos años, la frase tenía el valor (que aún conserva) de manifiesto.

<sup>2</sup> Me ocupo apasionadamente en esta práctica desde hace más de 40 años.

<sup>3</sup> *Diseño* es el apelativo ya consolidado que define múltiples actividades diferentes y *diseñador* hace referencia a la infinidad de sus cultivadores. En este contexto, la utopía ingenua (en el sentido de tener la convicción de poder realizarla) se confunde con cualquier forma de cinismo; cualquier forma de saber concreto se confunde con nubes de ignorancia; cada proposición clara a nivel teórico se atasca en el acto práctico. En cualquier caso, y al margen de esta confusión, de vez en cuando se realiza un proyecto de buena calidad, aunque no suceda a menudo.



# Una historia a golpe de hacha

Obviamente, el ser humano ha proyectado ideas desde sus orígenes y las descripciones de los antiguos proyectos suelen aceptarse si están suficientemente documentadas.

Pero esto no sirve para la historia de los últimos 200 años. Esta diferencia se debe no solo a una perspectiva histórica diferente, sino, sobre todo, a que entre finales del siglo XVIII y principios del XIX tuvieron lugar una serie de acontecimientos consecutivos que dejaron su huella en una nueva y contradictoria manera de proyectar: el diseño.<sup>1</sup>

Por orden cronológico, dichos acontecimientos son:

la Revolución francesa

la Revolución industrial

el nacimiento del socialismo

la aparición de la idea del diseño

Con independencia del credo religioso o político que profese el lector de las presentes notas, los tres primeros deben considerarse fundamentales para la historia del ser humano, en el sentido de que cambian radicalmente la concepción que este se hace del mundo; el cuarto...

Intentaremos describirlos brevemente.

## Tres acontecimientos

La Revolución francesa representa el desenlace de un lento proceso de transformación que se inicia con el nacimiento de la burguesía en la comuna medieval y la posterior revolución de Galileo. Por primera vez se rechaza la idea de un mundo estático, impenetrable e inmutable. Hasta entonces, poco importaba lo miserables que fueran las condiciones del ser humano común, pues debían aceptarse. Es más, estas eran el punto de partida para poder acceder a un Paraíso que estaba fuera de la Tierra (lugar del conocimiento perfecto, donde no existe la miseria y la igualdad es perfecta): el mundo era el que era y no podía transformarse.

La Declaración de los Derechos Humanos confirma la igualdad y legitima la aspiración a mejorar la calidad de vida. Por otro lado, el paradigma de la ciencia de la naturaleza ofrece los instrumentos para el conocimiento colectivo.

Emerge la nueva ideología: el mundo puede transformarse, el Paraíso puede realizarse en la Tierra (lugar del conocimiento perfecto, donde no existe la miseria y la igualdad es perfecta).

Al cabo de 200 años, el ideal de igualdad sigue siendo únicamente nominal. No obstante, a nivel planetario y a pesar de las diferencias de raza, religión, formación y —lo que más cuenta aquí— de clase social y sistema político, todos seguimos sintiéndolo con intensidad. Así pues, no es previsible que dicho ideal se ponga en tela de juicio, ya que está destinado a influir con fuerza en el significado del término “proyecto”.

Pero dirijámonos al momento de la decapitación del rey Luis XVI. Simbólicamente implicaba la igualdad definitiva. Cualquier desheredado (es decir, casi todo el mundo) la interpretaba, “obviamente”, en el sentido de pretender para sí mismo los objetos que poseía el rey. Dicha posesión se reivindicaba por dos razones. La primera, explícita, era la necesidad material de cierto objeto; por ejemplo, una silla. La segunda, implícita, y puede que inconsciente, era que la silla correspondía formalmente al trono real: “Ahora somos todos iguales y, por tanto, yo también soy rey”. En realidad, debería haberse dicho (al menos debería decirse en la actualidad): “Ahora todos somos iguales y los tronos ya no son necesarios” (aunque quizá se siga pensando como entonces, porque la igualdad aún no ha sido lograda y dicho proyecto parece tener como único objetivo dar respuesta a las razones inconscientes).

Ahora hablaremos de la industria que se desarrolló principalmente para satisfacer la necesidad de igualdad que había ratificado la Revolución francesa.<sup>2</sup> Anteriormente, los productos de los cuales se servían tan-

to al rey como sus súbditos se realizaban artesanalmente, en pequeños talleres especializados, con poquísimos empleados y unos conocimientos que se transmitían de padre a hijo (o de maestro a aprendiz). Debido a las pequeñas dimensiones de las ciudades (exceptuando algunas pocas capitales), a las dificultades en los transportes y, en especial, al escaso número de objetos que podían realizarse (los de representación para la nobleza, por un lado, y los instrumentos esenciales para el trabajo de los campesinos y los propios artesanos, por otro), los artesanos tenían que ocuparse realmente de todo (no exagero cuando digo “realmente”).

Por ejemplo: si a un campesino le hacía falta una hoz debía explicar al herrero cuáles eran sus necesidades (si el terreno en el que iba a trabajar era más inclinado que llano, si los tallos no eran tiernos, sino fibrosos, si debía ser utilizable por manos infantiles, no adultas...), y cómo y cuándo iba a poder pagarle (en dinero, no en especie; al contado, o al año siguiente...). Después de haber adaptado (cada vez de manera distinta) el proyecto ideal de hoz que debía fabricar, y después de haber previsto y discutido cómo intercambiar parte del heno (que iba a recibir al año siguiente como pago) por carbón vegetal para poder fundir el hierro necesario, el herrero debía facilitarle la hoz (para ello podía servir tanto una vieja espada como el eje gastado de una rueda). No solo era necesario hacerse con la chatarra, sino que además había que saber fundirla para realizar la barra que después debía recocerse, forjarse, templarse y afilarse..., por no hablar del mango, para cuya fabricación había que hablar con el carpintero, también del fuelle de cuero para el horno, de la formación del joven aprendiz recién llegado... Pero, en cierto sentido, ese extenuante trabajo hacía feliz a quien lo realizaba, porque era variado y porque ofrecía márgenes de experimentación y participación en el contexto de un saber general (la duración del aprendizaje podía superar los nueve años y era similar —aunque más concreta— a la de un diseñador actual). Sin embargo, considerado desde el punto de vista de la eficiencia (de la que tardaremos en poder evaluar el precio), era extremadamente disperso. De esta forma, el coste de una simple hoz era elevadísimo, puede que incluso superior al precio que un campesino debe pagar hoy en día por una moderna motosegadora.

Si el coste de un objeto mínimo como una hoz era alto, imaginemos lo que costaba un trono... Nuestro artesano tenía que dialogar con el rey, con sus ministros, pero también debía discutir con los filósofos y poetas de este e interpretar los dibujos de sus artistas. Debía realizar largos viajes para estudiar el trono del faraón o para averiguar los secretos

de fabricación de cierta pasta de vidrio... Después necesitaba el palo rosa, el marfil, las gemas y el oro. El coste era inmenso. Un trono, cualquier oropel, suponía el hambre de toda una nación o la conquista de todo un continente.

Pero, una vez muerto el rey, todos querían, si no un verdadero trono, al menos algo que se le pareciera. Y si un trono se fabricaba artesanalmente, como hemos descrito, incluso si era de cartón piedra, seguía siendo demasiado caro para nuestros ciudadanos, que, si bien eran ahora iguales, seguían estando sin blanca. De esta forma, si lo que se pretendía era ganar en eficiencia y ahorro, había que eliminar el despilfarro que suponía la dispersión de proyectos que debían repetirse para cada objeto producido (como hemos descrito en el ejemplo de la hoz). Si bien era inevitable que el coste de un proyecto siguiera siendo alto, un proyecto podía definir todo lo necesario para un sinnúmero de objetos exactamente iguales. De esta forma, su elevadísimo coste se dividiría en un elevado número de objetos producidos, de modo que este incidiera mínimamente en el precio de cada objeto realizado. Pero eso no es todo: un número muy reducido de artesanos seguiría poseyendo el costoso saber técnico (diez años de aprendizaje) necesario para llevar a cabo el proyecto.<sup>3</sup> Los demás, convertidos en “obreros”, se limitarían a realizar, a partir de ese momento y para siempre, una única operación de todas las necesarias para fabricar un objeto (con un coste irrisorio de formación), de modo que esta pudiera repetirse a toda velocidad sin pensar y de modo que fuera fácil de controlar.

No hay que olvidar que el coste reducido de producción (necesario, dado el escaso poder adquisitivo de los ciudadanos) debía reducirse ulteriormente para permitir que los capitalistas, los fabricantes y los vendedores disfrutaran de unos márgenes de ganancias “interesantes”. De esta forma, la división del trabajo (deshumanización) aumentó de forma inevitable y, por los mismos motivos, la retribución de los obreros era la menor posible. Esa fue la *Revolución industrial*.<sup>4</sup>

Enseguida se generaron nuevos monstruos.<sup>5</sup> Además de la pérdida del propio saber productivo (del que ya hemos hablado) y la consiguiente degradación<sup>6</sup> de la vida familiar y social, la ciudad se organizó de acuerdo con las razones de la fábrica; es decir, en casas igualmente estrechas, sin forma alguna de crecimiento autónomo (entendido como derroche...), surgiendo la “mercancía” como protagonista y árbitro de las relaciones económico-sociales. Al tiempo que la producción de objetos esenciales aumenta, se incrementa también de forma exponencial la

producción de objetos de función simbólica, diametralmente opuestos al concepto de igualdad. Serían estos los tronos de cartón piedra que hemos mencionado con anterioridad; es decir, la “mercancía”.

Se trata de objetos cuya tipología o —con independencia de esta— cuya connotación formal los convierte en deseables como señales de “otras” condiciones sociales. Pero cualquier “otra” condición excluye, de por sí, el ideal de igualdad. En respuesta, en parte, a estas formas de alienación que se añaden a las laborales, crece y se refuerza la *idea del socialismo*. Simultáneamente, y por los mismos motivos, nace la *idea del buen proyecto*.

**COMPRA EL LIBRO EN TU LIBRERÍA HABITUAL  
O EN LA TIENDA ONLINE DE LA EDITORIAL:**

<https://ggili.com/proyecto-y-pasion-libro>



[www.ggili.com](http://www.ggili.com)